

me constantemente el tapete, porque su carita candorosa, arrancada de una revista *Seventeen*, no correspondía para nada al discurso.

Y el summum de la pendejez, fue que me negué, Marcia, porque todavía creía en Santa Clós y operaban mis mecanismos represivos con toda su validez, y a colgarle las etiquetas: pobre niña droga, víctima de la decadencia capitalista, vieja loca, zafada, chafa, disoluta, intentando con las palabras crear diques que me ayudaran a contenerme. Y es que apenas empezaba el proyecto de politización y había que cuidar la imagen, y la neta, Marcia, que ganas no me faltaron porque lo que sea, Sonia está que se cae de apetecible; pero no, no iba a echar todo por la borda en las primeras de cambio, primero estaban nuestros planes.

Pero eran puros fracasos, a nadie le interesaba asistir a un círculo de estudios que no perseguía ningún fin utilitario, aquí la cosa es práctica: —qué se gana uno. Además el solo verbo estudiar resulta fóbico cuando hay tantas rolas estimulantes a que llegarle. Ni siquiera pude explotar la supuesta atracción que ejercía sobre Sonia, tenía todas las tardes ocupadas: las clases de danza, la pintura, el francés, la gimnasia, el piano; y en lugar prominente, las sesiones en la sala de belleza; el arreglo del pelo, la depilación, las uñas, los masajes, las cejas. Sin faltar la reunión semanal con su preceptora del Opus Dei.

Por eso empecé a faltar a las reuniones de la célula, porque sentía que ustedes esperaban mucho de mí y la expectativa de la crítica me intimidaba, y porque sabía que tú también sufrías por mi ineficacia. Y primero te hablaba y te daba una excusa: que aquí eran muy exigentes, me traían bien asoleado, había

exámenes todos los días, la pura represión, tenía que estudiar un resto; que tenía varios prospectos... necesitaba tiempo para trabajarlos. Todavía me animé a ir, después de aquel lunes que pronuncié el discurso, previamente aprobado por el maestro de planta; cuando recibí un apoyo inusual de las masas que me hizo recordar los buenos tiempos de los mítines frente al Palacio de Gobierno. Y es que denuncié ante la asamblea matutina de los lunes, lo castrante y antinatural de la prohibición a las parejas que había en el colegio a tomarse la mano durante el descanso, un beso ameritaba la expulsión; y cómo no, los cambios que introduje en la perorata me valieron otro telefonema a papá: que corrigiera a su animalito. Pero fue una llamada de petate, los aplausos reedificantes, el éxito del discurso y las felicitaciones de la raza no se tradujeron en nada objetivo; y la verdad ya me daba pena andar insistiendo, quería evitar que aparte de todos los milagritos que me colgaban estuviera también el de gorroso insaciable.

Después, nomás no me paraba, no tenía valor de hablarte, para decirte las mismas mentiras que hasta a mí me sonaban falsas. Y me instalaba domesticado ante la tele, a dejarme hacer, reconciliándome, desprendiéndome de la derrota en esa batalla estúpida y desigual que ya me resignaba a haber fracasado.

Y tú, Marcia, no me abandonaste, recuerdo la vez que al salir del estacionamiento te vi ahí, de pie, junto a la parada del camión, esperando a ver si me veías; pretendiendo rescatarme, pero yo ya estaba del otro lado, Marcia, te vi y me hice el que no te vi, me pareciste tan ordinaria con tu actitud decidida y tu ropa desteñida y pasada de moda. Me escudé en el auto que no sabías que papá me había comprado; para que

nadie me viera por encima del hombro; como si eso fuera tan importante. Y te dejé ahí, queriendo salvarme, queriendo ayudarme, a mí, que en la suficiencia económica me sentía tan seguro, tan dueño del mundo. En este momento que te pienso tan intensamente, sé que todos los carros, los viajes, la ropa y las viejas no valen un segundo pasado a tu lado, Marcia... amiga.

Ya andaba hasta las manitas; me había expuesto demasiado en el afán de reclutar un grupo y el escozor de las burlas había hecho mella, tú ya sabes, delicada naturaleza, pinche débil, normal en mí: le di vuelta a la página de las fotos fuertes, en ese trance deseé mejor no haberte conocido.

Luego estaba la campaña, cuchillito de palo, de Sonia. Me gustaba su iniciativa, su lucha obvia y declarada por conquistarme; mi narciso estaba en óptimas condiciones de alimentación y me sentía tranquilamente halagado por el asedio. Aunque yo me clavé desde el principio me gustaba pegarle al interesante. Creo, Marcia, la identificaba contigo en lo emprendedora, recordaba tus palabras, cuando, sin saber de qué estabas hecha, pretendí cortejarte y me saliste con aquella tesis —al hombre lo elige la mujer— y me paraste en seco con tus frases suaves pero convenientes, porque cada conversación contigo era una experiencia, que sin yo enterarme, me iban modelando, de alguna forma, me ibas haciendo a tu imagen y semejanza.

Ella era así, abierta y decidida, y me abordaba en todas partes: en el salón, enviándome novelitas pornográficas bajo el forro de los evangelios; por el correo, remitiéndome telegramas unitextuales a todas

horas: en el laboratorio de Física, mandándome “kisses” en los tubos de ensayo; en la casa, telefoneándome por la madrugada para confirmar el milagro de mi existencia; en el estacionamiento, esperándome recargada en mi auto con los boletos y las reservaciones en las Hadas, para irnos del Colegio al aeropuerto; en el auditorio, durante el concurso del oratoria, haciéndome señas entre la raza, parada en el pasillo, cerrándome un ojo, mordiéndose el labio inferior: ¡papacito!, lanzándome besos.

Fue la vez de la fiesta cuando me acorraló, si no asistía, ya corría el riesgo de ser declarado joto convencido. Como siempre me cayó de improviso, estando yo en la biblioteca; y entre el ¡hola cómo estás!, pero si eso ni se pregunta, me cae que jalando en *Playgirl* te volvías millonario, no me explico cómo no crees en Dios si todo tú eres divino, con esa carita de ángel, y sin cirugía, ya en serio, lo que más subyuga de ti es esa caída de ojos, enigmática, misteriosa, irresistible... y como siempre su capacidad para entreverar tanta jalada me hacía bajar la guardia, la risa me traicionaba y ella ganando terreno; y al verme la *Punto Crítico* que estaba leyendo, se rompía el embeleso y empezaba el deterioro: —Nunca te lograste, precisamente porque me gustas horrores, me duele que estés ahí de redentor chicano siempre con tus idioteces en clase, qué no te cala el ridículo, cuándo te vas a convencer que aquí no pega eso. Mira, ya déjate de payasadas, esta noche es en la finca campestre de la Lolis, ya vi las porno que van a pasar pero son igual de efectivas; y así como eres tú de discreto, para que veas los detallazos que tengo contigo, si no te quieres quedar ahí, le llegamos al Trueno, ahorita separo un cuarto y así no tenemos que hacer fila, está cerquita del rancho, ahí estaremos cómodos y tranquilos. Ade-

más como andan varias sobre tus huesos, de seguro van a empezar con que el intercambio de parejas y no me quiero arriesgar a que alguna avanzosa te secuestre; en todo caso un solo trabajito: mi hermana menor quiere deshacerse de su sello de garantía y como tenemos los mismos gustos... andaban varios interesados, pero ella te escogió a ti, no te me vayas a abrir. Prométeme que irás, lo cierto es que la fiesta es en tu honor, yo la organicé, los cueros se lo merecen todo, no me vas a dejar sin el homenajeado.

Todavía me resistí: no gracias, me comprometí a leer un ensayo político por semana y hoy es viernes y no he leído nada. —Uta: compromisos unilaterales y toda la cosa, de no creerse, las técnicas dalecarnageianas se estrellan contigo. Pero ella sabía que el “no gracias” ni yo me lo creía, porque las miradas decían exactamente “sí gracias” y mi corazón y mi razón desgastados por la lucha estéril hablaron en el a qué hora paso por ti, que nos valió otra expulsión de la biblioteca por el ¡qué!, que gritó Sonia con toda emoción.

Y a partir de ahí fui un desmadre, si antes oponía rebeldía por principios, luego fue nomás de cabrón. Y cambié la trova por los punkos; los libros por los carros; el café por la mota, a la que le llegué por pura curiosidad, nomás a ver qué y ya después me hice catador, y ya no cualquiera me llega; he probado de todo en esta búsqueda sin fin, y la neta, Marcia, que no soy adicto, la sé controlar y hasta creo, residuos de tu moral, que la puedo dejar. ¡Hijo! Marcia, necesito tanto tu compañía, tal vez tú sí creerías en mí.

A veces cuando voy al Club Hípico y al llegar veo en el lecho del río Santa Catarina los paracaidistas miserables y luego a esos caballos destilando salud en la

limpieza de sus cobertizos me siento el ser más mugre del mundo, porque el que calla otorga. O cuando ando en el Ajá, o en el Sargent o en las tertulias idiotas del Campestre, según yo muy clavado en el *dancing*, de repente me pongo a observar las parejitas que me rodean, todos asépticos y monos, perfectamente ataviados con su maquillaje dominical, y ahí está eso que avanza imperceptiblemente, algo que me ahoga y me rebela, y me digo: bueno, qué chingados estoy haciendo aquí, si en “Tierra y Libertad” hay domingos rojos y podría estar en el trabajo voluntario, haciendo cualquier cosa constructiva; y es como algo gachísimo: páldas nostalgias y desazones kilométricas y me dan ganas incomprensibles de arrebatarse el micrófono al mono del conjunto y ponerme a cantar la *Internacional* o cualquier rola d’esas: *Cuba, Cuba, estudio, trabajo, fusil, lápiz, cartilla, manual, alfabetizar, alfabetizar; venceremos!* Y la Sonia que conoce mis angustias, me reinstala en el parqué y a los cargos de conciencia opone su mirada confiada de ilusión —porque, por favor créemelo, ella abriga ilusiones todavía y aunque esté la música superloca me pongo a bailar muy pegadito y la Sonia medio sacada de onda porque todas las parejas andan bailando suelto, pero nos vale, y le seguimos muy cariñosos y nos vamos a encerrar a su recámara; los jefes nunca están, y si están no hay iris, se quedan muy satisfechos con que Sonia les espete un rumiante —vamos a estudiar. Y descolgamos el teléfono y ponemos el estéreo y prendemos incienso y nos damos un toque y cuál revolución proletaria.

Ha habido fines de semana que nos metemos desde el viernes con provisiones: vino, queso y pan negro, y no salimos hasta el domingo por la noche, muy bañaditos. Y yo anhelando alguna bronca, una tension-

cilla emocionante de perdis, para que aquello tenga el encanto de lo prohibido, de lo disparatado, pero no, nunca hay borlo, nos les paramos enfrente a los jefes, en la sala de televisión, o en la de juego, y ellos metidazos en el "paco", si acaso nos dirigirán un: ¿qué, vienen de la alberca? Y así no, Marcia, así está uno superasimilado al sistema, no hay tal desafane social, todo está permitido. Para mí que los papás de Sonia son bien drogós también, por eso todo les vale, ¿o qué, está bien que se cojan a tu hija en tus narices?

Eso sí, el domingo en Fátima es de cajón, acompaño a Sonia porque aparte de que le pagan mil por asistir y dos mil si hay comulgada, ella agarra la misa de desfile de modas y a mí también me divierte pegarle al observador omnisciente; hacerles sentir con mi mirada lo mierdas hipócritas que son, ahí está el puro desdoblamiento, con sus caras lindas y sus ropas nuevas todos contritos recién recibida la comunión y la noche anterior hasta el cien en el *drivein*, siempre con un irresistible de cinco mil en la cajuelita previniendo alguna intervención sorpresiva de la tiranía, o haciendo desmadre y medio en el cuarto de la servidumbre, los prostis particulares. En el rancho de papá las apuestas haber quién hace el *strip* más cachondo o en plan de parejas, homos o heteros, el *pornoshow* más excitante. En la recámara bajo llave: los quiebres, los animales, las perversiones.

Como para reírse, Marcia, aquella vez que recriminaste mi conducta cuando me viste con una compañera en uno de los cines aledaños a la Prepa, aquellos simples *matches* inocentes de mi lengua sobre sus senos, de mis dedos bajo su falda te escandalizaron, porque un camarada debía ser ejemplo de virtudes, si papá tuviera nociones de moral comunista; si mi

abuelita...

Creo que hasta cínico me he vuelto, la otra noche me sentí de lo más mal, porque quise tener remordimientos, o algo parecido, por haber profanado un recuerdo nuestro, pero esta máquina de sentir ya no funciona; fue aquel poema de Benedetti que tanto nos gustaba, bueno, se lo dije a Sonia, después de hacer el amor: *Y en la cama, pierna a pierna, somos mucho más que dos...* y me dio mucha risa, Marcia, una risa de las que escinden el alma. Porque todo ha cambiado, crees que hasta envidia tengo de estos cuates, la gran mayoría al terminar la secundaria los mandaron a estudiar un año a Europa; que a Lausana, a Dublín, a Tolouse, los más fregados a Canadá o a los *States*. Y yo vengo de la de los pobres, donde está la gente deficiente que no come carne todos los días. A mucha raza no le paso por ello y esa ficha, que aflora en el momento menos pensado, amaga constantemente mi dignidad.

Aquella profesión de fe universitaria, nuestro orgullo, acendrado, de haber cursado la prepa en el centenario Colegio Civil; el entusiasmo de saber que los únicos intelectuales de la ciudad, la mejor raza pensante, eran nuestros maestros. La determinación, a flor de piel, durante la quema del borrego, o cuando fuera, de llegar a partirse la madre por el Azul y Oro. Aquella lealtad agradecida, ha desaparecido, Marcia, ha sido arrancada de mi nostalgia, se ha tornado en estigma, en vergüenza escondida.

Mamá está muy cambiada, nomás me ve y se pone a llorar, y es por el diario aterrizar a la casa cuando la muchacha ya anda barriendo la calle, con un antojo loco de dulces y pasteles en el efecto de la resaca

nocturna, o sobrecogido por la onda líquida, que deja estragos de aroma y muerte. Pero a pesar de mi mutismo, hago ejercicios de silencio que la desquician, es super consecuente, me tiene bien adicto a su ternura. La última que hizo fue convencer a papá para que cooperara con otros padres de familia en la compra de la edición de *Alarma* de esta semana a venderse en Monterrey; alguna raza fue a comprarla a Saltillo; habías de ver a la Sonia, destaca entre las demás, no le pide nada a Catherine Denuève, pero en chava, salió buenísima, con un cojín tapándose la zona púbica y su expresión candorosa de yo no fui; a mí la pasta de azorro alelado, que no me abandona, me hizo salir muy coqueto en la condición de *streaker* cautivo subiendo a la granadera; y como eso fue hace dos semanas, como que se me hace difícil que papá tenga muchas ganas de venir a recogerme esta noche.

Mamá lo está trabajando para que el próximo semestre vuelva a la Autónoma, sería lindo verte de nuevo. Pero la neta, Marcia, francamente me da igual, si me regresan habría que hacerme de nuevos contactos, ¿todavía es la Plaza el lugar donde se conecta?

Estela furtiva